



La primera sonrisa del Niño Jesús

Cuando José, acompañado de María, salió de Nazaret camino de Belén, donde tenía que declarar que descendencia de David -cosa que las autoridades de entonces debían de saber tan bien como nosotros, porque estaba escrito desde tiempos remotos-, el Arcángel Gabriel bajó secretamente del cielo para comprobar si en el portal estaba todo en orden.

Era incomprensible, que incluso para un Arcángel tan sabio como él porqué el Señor de los Cielos y la Tierra vendría al mundo precisamente en un establo, el más mísero de Belén y porqué su cuna sería un pobre pesebre con paja. Pero como así estaba dispuesto, Gabriel se limitó a evitar que el viento entrase por las rendijas, que las nubes no enterneciesen por la emoción y con sus lágrimas mojasen al Niño, y, sobre todo, recomendó a los luceros que iluminaran tenuemente, no con el brillo deslumbrante de la estrella de Navidad. Luego, el Arcángel registró todos los rincones del portal, expulsando a los bichitos que había: hormigas, arañas, ratones, etc, ¡No quería pensar lo que podría ocurrir si María, la Madre de Dios, se asustaba con un ratón! Solo dos animales quedarían en el portal. El asno, porque así quedaba más a mano para la huída a Egipto, y la vaca, porque era tan grandísima holgazana que todos los ejércitos celestiales no serían capaces de moverla de su lugar.

La última faena de Gabriel fue distribuir por las vigas del establo multitud de angelitos, pero angelitos de una raza especial, tan pequeños que solo tenían cabeza y alas. La misión de estos angelitos era vigilar; si algo malo amenazaba al Niño debían avisar inmediatamente.

Cuando el Arcángel comprobó que todo estaba en orden, levantó sus alas majestuosas y voló al cielo...

Pero algo pasó inadvertido a la escrupulosa atención del Arcángel: Una pulga quedó dormida entre las pajas del pesebre. La cosa es natural, porque, ¿De cuándo acá tuvieron trato las pulgas con los angelitos?

Llegó el milagro. El Niño reposaba en el pesebre, tan sobrenaturalmente bello y tan conmovedoramente pobre, que los ángeles especiales olvidaron su deber de vigilar y estar quietos y bajaron revoloteando hasta el pesebre como una bandada de palomas. Unos esparcían aromas balsámicos entorno al Niño Dios, y otros ordenaban y mullían las pajas del pesebre para que no se pinchase.

En este alborotó despertó la pulga y pensando, como siempre, que alguien la perseguía la invadió el terror. Saltó de un lado a otro buscando salida, y, por fin, desesperada se metió en la oreja del Niño Divino.

- Perdona, -susurró la pulga atemorizada-, pero no puedo hacer otra cosa. Me matarán si me cogen. Me marcharé enseguida que pueda, Divino Señor, pero déjame que piense un momento cómo hacerlo.

Miró a su alrededor y enseguida tuvo un plan.



- Escucha -dijo- sí doy un salto muy grande y tú no te mueves llegaré hasta la barba de San José, desde allí saltaré al crucero de la ventana y después, a la puerta...
- Venga, salta -dijo el Niño en voz bajita – Yo me estoy quieto.

Y saltó la pulga, pero al tomar carrerilla, sin poderlo remediar, le hizo unas leves cosquillas al Niño con sus patitas.

La Madre de Dios, suavemente, despertó a su esposo, que como los buenos esposos, siempre duermen a pierna suelta, despreocupados...

- Mira, -dijo María dichosa-, ya sonrío.